

El reflejo de Inés

Categoría de adultos

—Venga cariño, vete al baño y arréglate, que Carlos y Elvira están a punto de llegar y supongo que ninguno de los dos queremos que te vean así —le instó su marido, mientras le colocaba la mano sobre el hombro de forma fraternal.

María, sentada sobre una pila de cojines en el sofá del salón asintió con la cabeza, más por miedo a avivar la ira que parecía apaciguarse y que había decorado su rostro con un par de morados, que por verdadero deseo de salir a tomar unas cervezas con unos amigos, a los que de nuevo tendría que ocultar las huellas de su día a día. Obsecuente, asintió con un ademán lento de cabeza, mientras ayudándose del reposabrazos del sofá se incorporó y rodeó a Ginés, saliendo del salón.

—Ya sabes que lo siento —se disculpó su marido, esgrimiendo un mohín de arrepentimiento, falso como una moneda de madera—. Pero es que a veces te comportas, no sé, no sé ni cómo describirlo. Como no debería comportarse una mujer casada como tú, regalando sonrisas, insinuándote...—farfulló con los dientes apretados, tratando de contener la ira que prendía de nuevo su alma.

—Lo siento —musitó María, sujetándose en el marco de la puerta—. De verdad que no me doy cuenta —se disculpó.

—Para eso estoy yo, cariño, para que no cometas errores que puedan echar abajo nuestro matrimonio. Estoy convencido de que pronto te quedarás embarazada y seremos aún más felices. Treinta años es la edad ideal para tener un hijo. ¡Qué coño! Puede que tengamos dos; un niño y una niña —sentenció, mostrando una sonrisa tintada por la nicotina.

María abrió los labios levemente, como si deseara que el suspiro que escapó silente entre ellos se transformase en palabras, pero no fue así. Trató de mostrar una sonrisa, que únicamente consiguió tensar la piel amoratada. Acarició la jamba del marco y recorrió el pasillo en dirección al baño de la habitación, donde una vez más, trataría de velar las mejillas hinchadas, las ojeras renegridas y la piel cárdena como un atardecer a destiempo. Las cicatrices que iba acumulando el corazón eran más sencillas de disimular, nadie mira por dentro de un edificio, por más que este esté en ruinas.

Ya en el baño se contempló en el espejo. Su apariencia de mujer hermosa que contempla desde el presente el recuerdo de tiempos mejores, le sacudió con la misma fuerza con la que tan solo un par de horas atrás lo había hecho Ginés. El morado de la mejilla resultaría sencillo de ocultar, sin embargo, la media luna renegrida que rodeaba el ojo izquierdo, esa necesitaría una buena mano de barniz, de ese barniz opaco y triste, con el que ocultaba las secuelas de vivir en el infierno.

Conteniendo las lágrimas, tragándolas una vez más, para que siguieran oxidando un corazón que se limitaba a latir por costumbre, se llevó instintivamente las manos al vientre y lo acarició con fuerza. Puede que hubiera sido bueno que se lo hubiese dicho, que le contara que ya estaba de tres meses y que en unas semanas el relieve de su vientre dictaría el nuevo devenir que tomaría su familia. Pero aquello le aterraba. Con el paso de los años había aprendido a tolerar los desmanes de Ginés, sus insultos, y más tarde, habían comenzado hacía apenas un par de años, los golpes. Sin embargo, saber que en su interior crecía un ser condenado a vivir en aquel hogar, donde la violencia campaba a sus anchas, le inculcaba un miedo como no había conocido otro. Mayor incluso al que sentía cuando rescataba el aroma a whisky del aliento de Ginés, y comprendía que la noche sería larga y tortuosa.

Apoyando una mano en el lavabo se agachó para recoger el maquillaje del cajón inferior y cuando volvió a levantarse, con el neceser en la mano, el reflejo del cristal hizo que, aterrada, caminase de espaldas hasta dar con la puerta del baño.

—¿Estás bien? —preguntó desde el otro lado del pasillo su marido, alertado por el golpe de la puerta del baño.

Confundida, María no sabía qué responder a esa pregunta. Al otro lado del espejo, desde el lugar donde debía mostrarse su reflejo, una niña de no más de cuatro años la miraba con gesto ensoñado y una media sonrisa perfilando unos labios sonrosados y finos.

—No, sí, bueno, que estoy bien, solo es que me he apoyado demasiado con fuerza en la puerta. Lo siento —masculló ella desde el interior del baño, cuando comprendió que aquella niña no parecía representar peligro alguno para ella.

De hecho, había algo en sus facciones notablemente familiar. Ese aleatoria y paradigmático cruce de parecidos que determinan los rasgos familiares. Aquella niña, aparentemente risueña pero tras la que se escondía cierto halo de tristeza, nimbando en una mirada ambarina, tenía los mismos ojos de María, incluso sus huesudas mejillas parecían calcadas. Pero del mismo modo poseía los lóbulos contraídos de Ginés, y sus mismas cejas, finas, perfiladas, como si las hubieran pintado con un rotulador de trazo estrecho. Antes de que María se recuperara del susto y comenzara a caminar hacia el espejo, con la mano extendida por delante ya sabía quién era aquella niña. Por imposible que fuera sabía de quién se trataba.

María abrió la palma de la mano colocándola sobre el espejo, y al otro lado del mismo la niña hizo lo propio, consiguiendo que un escalofrío eléctrico recorriera su cuerpo, extendiéndose desde

los pulpejos de los dedos, en los cuales acababa de sentir un contacto que dejaba de ser irreal. Aquella niña estaba ahí, al otro lado, sonriéndole con aquel gesto a medio camino entre la risa y el llanto, entre la alegría y la melancolía.

—Ya sabes cómo me llamo —le dijo la niña, con voz atiplada—. Lo sabes desde que siendo adolescente querías tener una niña, o dos, o tres, o un montón —finalizó.

—Inés —murmuró María, tratando de contener las gruesas lágrimas que le abarquillaban unos párpados, demasiado acostumbrados a una humedad, salada y mísera.

La niña asintió feliz con un gesto afirmativo de cabeza, y retiró la mano del cristal dando un paso hacia atrás, sobre el infinito de tonos malva sobre el que parecía sostenerse, en un confuso vacío.

—Sabía que serías niña —afirmó María, retirando la mano del mismo modo del espejo, para enjugarse con la manga las lágrimas que se negaban a abandonar la placidez de la cama de sus párpados —. Necesitaba que fueras tú —concluyó, llevándose las dos manos a un vientre aún sin relieve alguno.

—Y yo te necesito a ti, mamá. Necesito cada una de las caricias que me regalas desde el exterior de tu piel, necesito esas promesas de cariño, los abrazos por debajo de la sábana, incluso necesito escuchar esas baladas de Bon Jovi, Europe y Def Leppard, con las que pretendes que ame, ya desde antes de nacer, la misma música que a ti te apasiona —recitó la niña con un tono de voz melódico, y a la vez maduro y severo.

—Hija mía —farfulló María, con los labios temblando.

Mientras Inés hablaba, desde aquel mundo aún inexistente que habitaba al otro lado del espejo de su baño, pequeñas marcas habían comenzado a constelar las bellas, puras e inmaculadas facciones de la niña. Al principio no habían pasado de ser pequeñas marcas, rojeces sin importancia ni apenas relieve, que a María se le habían pasado por alto. Pero cuando esas marcas habían aumentado su tonalidad la familiaridad de las mismas le infundieron un dolor más allá de lo físico, porque lo que le escocía de tal manera que casi le obligaba a doblarse de costado, era el alma.

En pocos segundos el rostro de Inés comenzó a salpicarse de morados, de cicatrices rosadas e hinchadas, de cortes que le dividían el labio, la ceja. Y a pesar de ello la niña sonreía, abiertamente, mostrando una desigual hilera de pequeños dientes, con un notable número de ausencias.

—¿Crees que cuando llegue no recibiré parte de su crueldad, de verdad crees que alguien así merece que le llamen *papí*, confiarás en que me duerma en su regazo?

María se llevó las manos a la cara y masajeó con fuerza su rostro cerrando los ojos, rezando para que al abrirlos de nuevo la imagen de su futura hija ya no estuviera en el espejo, decorada con cicatrices futuras. Pero cuando volvió a mirar hacia el espejo del baño Inés seguía allí, sumida en una maraña de golpes y magulladuras, que ya le alcanzaban el cuello y los hombros.

—Sálvate tú y me salvarás a mí —aseveró Inés—. Nos merecemos sonreír cada día, besarnos cada día, saber que seremos eternas. Te quiero mamá, te he querido desde el momento en que mi corazón comenzó a latir en tu útero.

La imagen de la niña nimbó durante unos segundos entre una neblina nacarada, hasta que se disolvió totalmente en la neblina, que tras disiparse dejó a la vista la imagen de costumbre; la de María con el rostro decorado con un sinfín de morados. Se acercó al lavabo y miró con lastima el neceser abarrotado de maquillajes. Después miró al espejo y lanzó un beso al vacío, sabiendo que encontraría el modo de colarse en su interior, y llegar a la destinataria de aquel significativo ósculo.

Media hora después el timbre de casa sonó en tres ocasiones.

—¡María, Carlos y Elvira ya están aquí! —bramó Ginés, desde el salón— ¿Estás preparada?

—Sí —respondió ella, apareciendo al final del pasillo sin maquillaje alguno, con el rostro vestido únicamente por la miseria que la furia de Ginés había posado sobre él.

—¿Pero qué coño has hecho? —susurró Ginés, enfurecido—. A ver qué coño les dices que te ha pasado, que te juro que te muelo a hostias si te vas de la boca, zorra de los cojones —le amenazó *sottovoce*, mientras abría la puerta lentamente.

Los dos policías que aparecieron al otro lado de la puerta no necesitaron más pruebas que verificaran lo que María les había dicho por teléfono, que ver el aspecto de María y el modo en que Ginés trató de abalanzarse sobre ella cuando comprendió lo sucedido. En el móvil que María sujetaba en la mano aún parpadeaba la esperanza de una nueva y mejorada vida en forma de números, en concreto eran un cero, un uno y un seis.

A Ginés se lo llevaron esposado y María les pidió unos minutos, tanto para esperar a los amigos que estaban por llegar y contarles lo sucedido, como para adecentarse antes de acudir a comisaría, y dar fe de todo lo sufrido, no sólo aquel día, sino todos los vividos tiempo atrás. El más joven de los dos policías asintió con la cabeza y le entregó una tarjeta que María dejó sobre la cómoda del recibidor, antes de cerrar la puerta y sentirse a salvo en su propia casa, por primera vez en mucho tiempo.

Después caminó hasta el salón, colocó un cedé en el equipo de música y la voz de Jon Bon Jovi asomó desde los altavoces entonado su *Bed of roses*. María se tumbó sobre el sofá y acarició con suavidad su vientre, mientras reveladoras y felices lágrimas recorrían con libertad un rostro condenado a sonreír desde aquel preciso instante. Hubiera jurado que antes de que Richie Sambora iniciara su riff de guitarra, algo se movía por primera vez en su interior.